

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL DR. JAIME A. VIÑAS ROMAN, RECTOR DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL PEDRO HENRIQUEZ UREÑA, EN EL SOLEMNE ACTO DE ENTREGA DE DIPLOMA DE DOCTOR HONORIS CAUSA AL DR. NORMAN ERNEST BORLAUG.

Señor Presidente de la Fundación Universitaria Dominicana, Inc.

Señor Secretario de Estado de Agricultura,

Señores Vice-Rectores; Señores Decanos,

Señores Directores de Escuelas y Departamentos Académicos,

Distinguido Homenajeadó,

Señores Enviados Especiales,

Damas y Caballeros:

Quienquiera que se haya asomado a las páginas de la Historia de la Europa de los siglos XIII al XV, en que se analiza el lento proceso del auge de las ciudades que, en definitiva, servirán de marco a la gran revolución cultural que fue El Renacimiento, comprenderá sin gran esfuerzo que el hecho más relevante de ese auge lo constituyó el abandono del campo de los que tenían a su cargo la producción de la tierra, propiedad del señor feudal, para buscar en la ciudad la subsistencia en el trabajo de una industria manual incipiente, pero organizada ya en los famosos gremios medievales.

Es, pues, desde lejos en el tiempo, donde los centros urbanos constituyen el polo de atracción para el hombre del campo que ve frustrados sus esfuerzos por el bajo ingreso que recibe el producto de tierras agrestes o agotadas por siglos de cultivos primitivos y divididas y subdivididas por el paso de generaciones campesinas que no contaron con los medios técnicos o los recursos de la ciencia para el mejoramiento de la productividad de los predios labrantíos.

Este fenómeno, dentro de su contexto histórico, se agiganta con la llamada Revolución Industrial que arranca en Inglaterra con la era de la máquina, en el siglo dieciocho, y que definitivamente va a originar profundos cambios, ya entrado el siglo diecinueve, en todo el plexo de la sociedad europea, en los aspectos económicos, políticos y sociales.

En el curso de todos esos años en que se va afianzando la citada Revolución Industrial, con su secuela de progreso y de nuevos problemas, resulta interesante observar cómo, en todos los órdenes de la Cultura, hay una desenfrenada búsqueda de soluciones, ya sea desde los puntos de vista filosóficos, sociológicos, económicos o políticos, para enfrentar adecuadamente el cúmulo de problemas que afectaba la vida de grandes núcleos sociales que se balanceaban entre una vida tradicionalista arrastrada desde la época renacentista, y el nuevo modelo que estaba imponiendo con rapidez pasmosa la Revolución Industrial.

Es el momento histórico de la Economía moderna con el pensamiento de Adam Smith, que para 1776 publica su famosa obra "La Riqueza de las Naciones," con su planteamiento de la división del trabajo y su señalamiento de lo que es la verdadera riqueza. Es también el momento de la importante contribución que en ese campo aportan las ideas de Ricardo, que han de servir luego de apoyo a las teorías de Carlos Marx.

En el ámbito de los problemas sociales que se derivan de las condiciones de vida de la nueva clase proletaria que vende su trabajo en condiciones punto menos que infrahumana, aparecerán las voces denunciadoras, no precisamente de

sociólogos, sino de escritores geniales, como Charles Dickens, en Inglaterra y Emile Zolá, en Francia.

Es sin embargo en el campo filosófico donde el problema social imperante encuentra la crítica más aguda y penetrante en el famoso movimiento de los filósofos radicales, denominado radicalista, que encabezó Benthan y que continuó con Stuart Mill. Independientemente de la felicidad que la filosofía radical buscaba mediante una ética utilitarista, la importancia capital de este movimiento es su afirmación de que los problemas sociales no pueden ser resueltos sin la comprensión de todas las partes envueltas, y de que esa comprensión sólo puede ser lograda a través de la Educación.

Hemos dejado atrás en el tiempo ese importante período histórico del desarrollo cultural del mundo occidental; pero aún confrontamos muchos de los problemas fundamentales que lo caracterizaron. Es cierto que importantes avances se han logrado en determinados aspectos que en su origen parecían de imposible solución en las llamadas sociedades capitalistas, como por ejemplo, el ordenamiento jurídico que lenta, pero decididamente, ha ido normando las relaciones del capital y el trabajo, y que cada día, con mayor énfasis, garantiza los más elementales derechos de toda la clase laboral.

Pero no obstante éste y otros avances, no es menos cierto que muchos problemas quedan aún por resolver con adecuada y justas soluciones, agravados por las nuevas situaciones que cada época genera, al compás del progreso que la acompaña, como ésta en que nos toca vivir, inmersa en una tecnología que anonada hasta a las mentes más preclaras.

En efecto, la llamada explosión demográfica, consecuencia de los grandes avances de la medicina curativa y preventiva y de las políticas de salubridad; la degradación ecológica por la cada vez mayor contaminación ambiental, al igual que la inmisericorde depredación que el hombre, (única especie de su medio físico animal cuyo "habitat" es el orbe entero), realiza con morbosidad suicida; la macrocefalia que constituye en el cuerpo de las naciones el aglutinamiento de habitantes en número cada vez mayor, en determinados centros

urbanos, sea por la inmigración foránea o por el éxito de la población rural, que preterida por la acción del Estado, busca solución a su falta de recursos para subsistir, en la esperanza que ve flotar en la espesa humerada de las fábricas urbanas.

Estos problemas, por no citar más, en países de subdesarrollo y aún en los que están en vías de desarrollo, constituyen un pesado lastre que frena, tanto la acción oficial, como la de los estamentos sociales con capacidad para impulsar el bienestar colectivo.

Hay, pues, que buscar vías de soluciones, comenzando por el desarrollo cualitativo del propio hombre que, como sujeto de la Cultura, es el instrumento más eficaz y preciado para lograr el progreso. Y ese desarrollo cualitativo sólo es posible a través de la Educación. La Educación para capacitarlo y para fomentar su espíritu creador, pues ya alguien señaló con muy certero juicio, que "La grandeza humana no consiste únicamente en la facultad que tienen los hombres para aprender una cultura, sino, más que ello, en la capacidad que tienen para crearla."

En ese orden de ideas la Universidad, como institución estructurada para formar profesionales de las ciencias, de las artes y de las tecnologías a los más altos niveles, al par que como centro de investigaciones y de servicios a la sociedad en que se enmarca, debe ser, si ha de cumplir con fidelidad sus fines, instrumento para los cambios que todo desarrollo demanda, en la medida y en el momento necesarios..

Con esa carga de propósitos comenzó la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña su vida institucional el 21 de abril de 1966; y cumpliéndoles en la medida en que le ha sido posible, ha llegado hasta la fecha con el inconvencible convencimiento de que su mayor aporte al hombre dominicano de hoy es el mejoramiento de su calidad humana, mediante la excelencia académica, la investigación para la acción en las áreas de mayor influencia para el despegue exitoso hacia el progreso general, y el servicio eficiente y constante en los asuntos que más lo reclaman.

Ese convencimiento es el que nos ha lanzado a la ambiciosa, pero necesaria empresa de convertir nuestra actual

Finca de Nigua, en un modelo de Recinto Agropecuario con verdadero carácter de Universidad Agraria, en donde la educación, la ciencia, la tecnología y la investigación de los problemas del agro, hallarán las soluciones urgentes y apropiadas que éstos están demandando como condición primaria para el desarrollo nacional.

Distinguido Doctor Berlaug:

Los imponderables resultados de las investigaciones de genética vegetal que usted, con marcada sapiencia y espíritu de servicio, ha realizado en beneficio de la humanidad, le han granjeado fama y honores muy merecidos, como el Premio Nobel de la Paz que se le otorgó en 1970. Asimismo, la llamada Revolución Verde con que se conocen los resultados milagrosos de sus trabajos de hibridación germinal en función de regiones determinadas, le ha valido a usted el respeto y la admiración del mundo científico, en especial del que está dedicado a resolver los intrincados problemas del agro.

Es, pues, mucha la satisfacción que hoy embarga a esta Casa de Estudios, al investirle en este solemne acto académico con la calidad de Doctor Honoris Causa de la Facultad de Ciencias Agropecuarias, con lo cual quedará usted permanentemente unido a nuestra Universidad. Y esa circunstancia, Doctor Berlaug, también nos llena de orgullo.

Muchas Gracias.